



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

Iben Monsin y el Crimen de Guanabo.

GUANABO, a pocos kilómetros al este de la Habana, era en la época a que nos vamos a referir en la presente narración y un pedazo de playa, con una arena muy fina y un mar muy azul, completamente despoblada y no se vislumbraba la posibilidad de que algún día se convirtiese en lugar de veraneo aristocrático y popular a la vez, en el cual los temporadistas habrían de residir en lujosas mansiones y los excursionistas tendrían que refugiarse en establecimientos no tan lujosos, pero con precios tan subidos como si lo fueran.

Guanabo, en la actualidad, resulta la respuesta contundente y definitiva a los que preguntan por qué los cubanos prefieren en sus vacaciones ir a gastarse el dinero a Miami y no a las playas nativas. Pero, en fin volviendo a nuestro tema, diremos que allá por el año 1924 llegó a la Habana uno de esos "trotamundos" pintorescos, que decía ser canadiense de nacimiento, justificando sus andanzas como competidor en un premio de miles de libras esterlinas ofrecido por un periódico de Londres al explorador que después de recorrer distintos países mayores conocimientos aportara.

Su natural afable y su fluída locuacidad le granjeaban pronto la simpatía de quienes lo trataban, ofreciendo en algunos teatros conferencias privadas y públicas con objeto de explicar su incansable peregrinación. Y todos quedaban maravillados ante su magnífico poder de retentividad para recordar, expresándose con palabra fácil, los nombres de pueblos y personas de toda la República, adicionando detalles, en torno de ellos que en ocasiones eran ignorados hasta por los que le hacían las preguntas.

X X X X

Iben Monsin, que así se hacía llamar este aventurero, no tardó en convertirse en un tipo popular. Hombre de mirada penetrante, algo velada por amplios espejuelos de cristales color ambar; cuidadosamente afeitado y pelado al "rape", vestía siempre de blanco, usaba polainas de cuero y tocaba su cabeza con un casco inglés. Tal era su celebridad que un día fué invitado a la tribuna del ya desaparecido salón de Conferencias de la Universidad, con objeto de que ante profesores y alumnos, hiciera gala de sus grandes facultades nemotécnicas, siendo sinceramente felicitado por unos y otros al terminar sus asombrosas demostraciones.

Entre el animado auditorio estudiantil había una joven que cursaba sus estudios en una rama de la Facultad de Letras y Ciencias. Beldad de típica belleza criolla, costarricense o panameña de origen,

la recordamos en nuestra época universitaria cuando atravesaba el amplio patio central en el que un laurel centenario nos cubría todos con su sombra amorosa, de bracero de un compañero, estudiante de Derecho, muerto ya trágicamente, con el cual parecía mantener un incipiente idilio.

No sabemos si debido a aquella caterva de citas y conocimientos que en ocasión brotaba de sus labios con tumultuosidad de cajarata o a sus puntos, que también frecuentemente exponía sobre el amor libre y la vida del hombre en contacto directo con la naturaleza sin prejuicios ni jeyes que torcieran su libre albedrío, lo cierto fué que la hermosa estudiante se sintió atraída, acaso fascinada, por el enigmático explorador.

Se les veían juntos muchas veces, caminar lentamente, cogidos de la mano a la hora poética del crepúsculo, através del viejo paseo del Prado. En ocasiones, los trasnochadores impenitentes los descubrieron aomar los primeros tintes de la aurora sentados sobre el muro del Malecón, con la vista fija en el mar infinito hasta que un día, nadie más supo de ellos.

Acaso la linda mujercita que siempre había soñado con un amor plácidamente feliz como ella había leído repetidamente durante su niñez en los cuentos de hadas, se había dejado arrastrar por la palabra embacadora del aventurero que sólo le ofrecía como tálamo nupcial un rincón apartado de las feraces campañas tropicales bajo el dosel de nuestro cielo tropical.

X X X X

Pero la tragedia acechaba. Una mañana los periódicos publicaban la noticia de la perpetración de un crimen en la entonces solitaria playa de Guanabo. En un sitio recóndito habían aparecido los restos carbonizados de una mujer que al parecer, después de asesinada, fué entregada a las llamas que saciaron en aquella carne femenina sus ardientes apetitos.

Al impenetrable misterio de los primeros momentos siguió un rayo de luz en las investigaciones pudiendo determinarse sin lugar a dudas que la víctima era la bella estudiante de Pedagogía. Y ¿el autor del hecho? Fácil resultaba suponerlo, pero la policía no hallaba pruebas concretas contra él y mucho menos podía detenerlo, puesto que desde los primeros instantes había huído de Cuba sin dejar huellas.

A los pocos meses, el Jefe de la Policía Judicial, Alfonso L. Fors recibía una carta procedente de California. En lacónica misiva, desde su lecho de muerte en un hospital, Iben Monsin confesaba su horrendo asesinato.